

verdades han anunciado entre las naciones? Tu arte ha consistido en mezclar algo cierto con lo falso para propagar más mentiras. Pero ¿cuáles han sido tus respuestas? Solamente palabras oscuras y ambiguas, engañosas por su doble sentido, que rara vez comprendieron los que te preguntaban; y lo que no se comprende ignorado queda. ¿Cuándo el que entró en tu santuario, á fin de consultarte, volvió más sábio ó instruido, para evitar ó buscar lo que más le interesaba? ¿Cuál no cayó más pronto en el lazo fatal? Dios ha entregado justamente las naciones á tus engaños, desde que se dieron á la idolatría; pero cuando se propone anunciarlas su providencia, de ellas desconocida, ¿de dónde recibes la verdad sino de Él ó de aquellos de sus ángeles, que presiden todas las provincias y que, desdendiendo acercarse á tus templos, te prescriben como al último de todos, lo que debes decir á tus adoradores? Tú, temblando de pavor, ó cual parásito servil, obedeces primero, y despues te vanaglorias de haber anunciado la verdad; pero esta gloria te será muy pronto arrebatada; y no podrás seguir engañando á los Gentiles con tus oráculos, porque estos enmudecerán siempre. Ya no irán á consultarte á Delfos, ni á ninguna otra parte, haciendo sacrificios y pomposas ceremonias, pues al fin, todo seria inútil, porque permanecerás mudo. Dios ha enviado ahora su oráculo vivo al mundo, para dar á conocer su última voluntad; y quiere que habite en lo sucesivo en las almas piadosas su espíritu de verdad, oráculo espiritual que revela toda la que al hombre conocer importa.»

Así habló nuestro Salvador; pero el astuto Enemigo, aunque poseido interiormente de rabia y despecho, disimuló, y contestóle con dulzura en estos términos: «Severo has sido en tu reprimenda, y con dureza censuras los actos á que me ha impelido mi desdicha, y no la voluntad. ¿Dónde podrias encontrar fácilmente un mísero que no se sienta impulsado á menudo á separarse de la verdad, si le ofrece alguna ventaja mentir, negar, fingir, lisongear ó abjurar? Pero tú eres superior á mí; tú eres Señor; de tí puedo y debo sufrir con sumision reprimendas ó censuras, congratulándome de salir librado á tan poca costa. Escabrosas son las sendas de la verdad, y penoso recorrerlas; pero es dulce anunciarla, agradable el oirla; es melodiosa como el caramillo campestre ó el canto de los pastores. ¿Qué extraño, pues, que me complazca en oír las máximas por tu lábio pronunciadas? Los más de los hombres admiran la virtud, sin ser capaces de seguir su senda: permíteme, pues, oírte, ya que he venido donde otros no llegan, y que procure al ménos conversar contigo, aunque sin esperanza de igualarte. Tu Padre, que es santo, sábio y puro, tolera que el sacerdote hipócrita ó ateo huelle su sagrada mansion, y ejerza su ministerio cerca del altar, poniendo sus manos sobre las cosas santas, y elevándole preces y oraciones. Hasta se ha dignado prestar su voz á Balaam, el profeta réprobo: no me prohibas, pues, acercarme á tí.»

«Aunque conozco tu objeto, contestó el Salvador, ni deseo que vengas aquí, ni te lo prohibo: obra segun el permiso que del cielo recibas: nada más puedes hacer.»

Calló el Salvador, é inclinándose Satan, con sombrío disimulo, desapareció evaporándose en el aire ligero. Entónces la noche comenzó á extender sus densas sombras sobre el desierto, cubriéndole al fin con sus tenebrosas alas: las aves descansaban en sus nidos de arcilla, y las fieras salian en busca de una presa.

LIBRO SEGUNDO

ARGUMENTO

Inquietos los discípulos de Jesús por su prolongada ausencia, discurren entre sí acerca de ella. También María da rienda suelta á su maternal ansiedad, evocando con este motivo el recuerdo de muchas circunstancias referentes al nacimiento y temprana vida de su Hijo. Satan se presenta otra vez ante sus infernales consejeros, dáles cuenta del mal éxito de su primera tentativa contra nuestro Señor, y les pide consejo y auxilio. Belial propone tentar á Jesús por medio de las mujeres; pero Satan le reprende por su disolucion, acusándole de todo el libertinaje de este género, atribuido por los poetas á los dioses; y rechaza su proposicion, por no ofrecer en modo alguno probabilidades de éxito. Despues indica otros medios de tentacion, particularmente el de aprovecharse de la circunstancia de estar padeciendo hambre nuestro Señor; y formando una legion de espíritus escogidos, marcha con ellos á continuar su obra. Jesús sufre los tormentos del hambre en el desierto. Llega la noche; describese cómo la pasa nuestro Salvador. Avanza la mañana: Satan reaparece ante el Mesías, y despues de manifestar su extrañeza por verle tan abandonado en el desierto, donde otros habian sido alimentados milagrosamente, le tienta con un suntuoso y espléndido banquete. Jesús rechaza la oferta y aquel se desvanece. Viendo Satan que no puede vencer á nuestro Señor por el apetito, le tienta de nuevo ofreciéndole riquezas como medio de alcanzar poderío. Jesús rehusa también, citando muchos casos en que personas pobres y virtuosas llevaron á cabo nobles acciones; demuestra al propio tiempo el peligro que llevan consigo las riquezas, y los cuidados y disgustos inseparables del fausto y del poder.

Entre tanto, los discípulos recientemente bautizados, que aún permanecian en el Jordan con su precursor; que habian visto al que acababa de ser proclamado Mesías de una manera tan expresa, y declarado Hijo de Dios, y que creyeron en aquella autoridad superior, con la cual habian conversado y vivido (me refiero á Andrés y Simon, tan ilustres más tarde, así como otros no citados en la Sagrada Escritura), echando de ménos la presencia de Aquel cuya llegada les causara tal regocijo (tan tardío como prontamente desvanecido), comenzaban á dudar, y dudaron aún muchos dias. Cuanto más se prolongaba la ausencia, más aumentaba la incertidumbre: imaginábanse algunas veces que el Mesías sólo habria sido mostrado al mundo, para volver por cierto tiempo al lado de Dios, como Moisés, en la montaña, donde permaneció mucho tiempo; y como el gran Tesbita, que se elevó al cielo, llevado en ruedas de fuego, para volver un día. Hé aquí por qué, así como los jóvenes profetas buscaron entónces cuidadosamente á Elias, creyéndole perdido, así los discípulos recorrieron los lugares inmediatos á Bathabara, Jericó, la ciudad de las palmas, Æson, la antigua Salem, Machoeros, y todas las ciudades y aldeas construidas en las márgenes del ancho lago de Genezaret, ó en la Perea; pero todas sus pesquisas fueron inútiles. Entónces, en la orilla del Jordan, cerca de una pequeña bahía, donde los vientos jugueteaban susurrando entre las cañas y los mimbrés, unos sencillos pescadores (no se les designaba entónces con más pomposo nombre) en humilde cabaña reunidos, lamentábanse de su inesperada pérdida, y así exhalaban sus quejas:

«¡Ay! ¡en qué triste abatimiento hemos vuelto á caer despues de las halagüeñas esperanzas que habíamos concebido! Nuestros ojos contemplaron al Mesías, cuya venida era cierta, y que tanto tiempo esperaron nuestros padres; hemos oido sus palabras, admirando su sabiduria llena de gracia y de verdad. «Y ahora, ahora es seguro que la redencion está próxima, y que el reino de Israel será recobrado.» Así nos regocijábamos; pero nuestra alegría se ha trocado bien pronto en incertidumbre y en nuevo asombro. ¿Dónde habrá ido? ¿Qué accidente ha sido la causa de que desaparezca de entre nosotros? ¿Se quiere retirar acaso despues de haberse dejado ver, aplazando de esta suerte la realizacion de nuestra esperanza? Dios de Israel, envíanos á tu Mesías, que ya es la hora llegada: mira á los reyes de la tierra, cual oprimen á tus elegidos, hasta qué punto se ha elevado su injusto poderío, y cómo, escudados con él, ningun temor les infunde ya tu brazo. Levántate para ostentar tu gloria, y libra á tu pueblo del ominoso yugo. Mas, aguardemos; hasta ahora ha cumplido su promesa enviándonos su Cristo; nos lo ha revelado por su gran profeta, designándole y mostrándole en público, y con él hemos conversado. Alegrémonos, pues, y deponiendo todos nuestros temores, confiemos en su providencia; nó nos faltará; no le llamará á sí; no se burlará de nosotros, privándonos de la bendita presencia de Aquel cuya llegada nos habia regocijado, y pronto veremos al objeto de nuestro anhelo y alegría.»

Así es como, despues de exhalar sus quejas, recobraron la esperanza de encontrar al que habian hallado ya sin buscarle. En cuanto á su madre, María, cuando vió que los otros volvian del bautismo sin su hijo, á quien no habian dejado tampoco en las orillas del Jordan; y que no se tenia noticia alguna de su paradero, aunque su corazon estuviese tan tranquilo como puro, su inquietud y temores maternos tomaron incremento, despertándose en su espíritu algunas tristes reflexiones, que entre suspiros así se traducian:

«¡Oh! ¿de qué me sirve ahora el alto honor de haber concebido de Dios? ¿De qué esa salutacion, ese insigne favor de haber sido bendecida entre todas las mujeres, puesto que no son menores mis penas, y me depara la suerte aflicciones mucho más profundas que las de otras mujeres, por causa del fruto que he llevado? Vió la luz en un momento en que apenas se pudo encontrar un abrigo para preservarle á él y á mí del frio; nuestro asilo fué un establo, y un pesebre le sirvió de cuna. Pronto nos vimos obligados á huir á Egipto, hasta que murió el rey asesino, que queria su vida, y que inundó de sangre infantil las calles de Bethleem. Desde Egipto regresamos á nuestra morada de Nazareth, donde vivimos muchos años. Su vida tranquila y contemplativa se deslizaba en el retiro doméstico, sin que pudiera inspirar sospechas á ningun rey; pero hoy, que ha llegado á la edad viril, siendo reconocido, segun dicen, por Juan Bautista, y declarado públicamente Hijo de Dios por la voz de su Padre, ¿podré esperar un gran cambio en su favor? No, pero sí una pena, como lo ha predicho el anciano Simeon, pues segun él, mi hijo será causa de que muchos caigan en Israel, encumbrándose otros; y en apoyo de este pronóstico, anuncióme que una espada me traspasaria el corazon. ¡Tal es la suerte que me ha sido deparada; mi gloria me impone muchas penalidades! A lo que parece, afligida puedo estar y ser bendita al mismo tiempo; no me quejaré ni murmuraré tampoco. Pero ¿dónde se detiene ahora? Sin duda está oculto para llevar á cabo algun gran designio. Cuando apenas contaba doce años, se perdió; mas al encontrarle, reconocí al punto que no se podia extraviar, y que se

ocupaba en los asuntos de su Padre. Reflexioné sobre el sentido de sus palabras, y luego le comprendí muy bien. Su ausencia se prolonga mucho más esta vez, porque medita en el retiro algun gran proyecto; pero acostumbrada estoy á esperarle con paciencia; mi corazon ha sido desde hace largo tiempo como un depósito de importantes cosas, de palabras recogidas, de pronósticos y de acontecimientos extraordinarios.»

Así María, reflexionando á menudo, y repasando en su memoria cuanto habia sucedido de notable desde que se le dirigió la primera salutacion, esperaba el cumplimiento con dulce humildad. Su Hijo, entretanto, recorria solo el salvaje desierto; pero alimentado con las más santas meditaciones: bajó en él mismo el espíritu, y de pronto le fué revelada toda su grande obra futura: vió cómo debía comenzar, el mejor medio de llenar el objeto de su venida á la tierra, y su elevada mision. En cuanto á Satan, despues de insinuar hábilmente que volveria pronto, dejó á Jesús y trasladóse rápidamente á las regiones medias del aire condensado, donde todos sus próceres celebraban consejo. Una vez allí, sin aire jactancioso ni alegría, con señales de inquietud, y pálido el semblante, hablóles de este modo:

«Príncipes, antiguos hijos del cielo, tronos etéreos, ahora espíritus de demonios, á cada uno de los cuales han sido asignados los elementos de su reino, y que debiérais llamaros con más justicia poderes del fuego, del aire, del agua y de la tierra (¡así pudiéramos conservar estas humildes residencias sin nuevas perturbaciones!). Sabed que contra nosotros acaba de levantarse un enemigo que nos amenaza nada ménos que con expulsarnos al infierno. Segun lo proyecté, y revestido de los poderes que me disteis por vuestro voto unánime, le he hallado, le he visto y sondeado; pero encuentro una resistencia muy distinta de la que me opuso Adán, el primer hombre. Aunque este no sucumbió sino por las seducciones de su mujer, es inferior por mucho al enemigo de que os hablo, pues si bien hombre por parte de madre, le ha dotado el cielo de superiores dones, de una perfeccion absoluta, de una gracia divina y de una fuerza de espíritu capaz de las más grandes acciones. Por eso vuelvo ahora, temeroso de que el recuerdo de mi triunfo cerca de Eva, en el Paraiso, os indujese equivocadamente á contar por seguro igual éxito en este caso. Antes bien, os invito á todos á prepararos para secundarme con mano firme ó con vuestro consejo, á fin de que yo, que hasta el dia no he hallado en parte alguna quien me iguale, no sea completamente vencido.»

Así habló la vieja Serpiente para expresar sus dudas, y por todas partes fueron acogidas sus palabras con aclamaciones, que le aseguraban eficazísimo auxilio, cuando en medio de todos se levantó Belial, el más disoluto de los espíritus que cayeron; el más sensual, y despues de Asmodeo, el más carnal de los demonios, quien emitió de este modo su parecer y consejo: «Poned ante su vista y á su paso la más hermosa de las hijas de los hombres; muchas hay en cada país, cuya belleza aventaja á la del firmamento, más semejantes á diosas que á mortales criaturas, graciosas, discretas, hábiles en amorosas lides, de lenguaje seductor y persuasivo; que á una virginal majestad saben reunir la más dulce ternura; pero cuya aproximacion es peligrosa, porque saben retirarse hábilmente, arrebatando en pós de sí los corazones, prendidos en amorosas redes. Semejantes seres tienen poder suficiente para dulcificar y domeñar los caractéres más rígidos, para desarrugar el entrecejo de los más graves, enervar, seducir con esperanzas voluptuosas, engañar inspirando crédulos deseos, y conducir á